

Los demonios de la Intifada

Joseph Hodara*

LA FUERZA DEL ACCIDENTE

Como muchos episodios que tuercen el curso histórico, la Intifada fue el producto de un malentendido inocente. El 9 de diciembre de 1987 un camión conducido por un israelí embistió en la carretera de Gaza a un destartado automóvil que llevaba palestinos. La colisión produjo cuatro muertos residentes de este apiñado villorrio que, por sus servicios deficientes y fragmentados, apenas merece la categoría de ciudad.

La Policía israelí comenzó las investigaciones del caso. Pero fue apabullada de inmediato por un aluvión de rumores que insinuaba, con creciente viscosidad, que el accidente no había sido el fruto de un inescrutible percance. Según estas versiones, el vehículo israelí se habría estrellado alevosamente contra el auto en que los palestinos se dirigían, como todos los días en los últimos tres lustros, a los efervescentes mercados de trabajo de Tel Aviv. El choque se tradujo, en las ciegas calles de Gaza, en impulsos vengativos y en radical resentimiento.

El rumor se tornó ululante. Las arterias fangosas de Gaza temblaron y multitudes se concentraron en las calles expresando viejos agravios y una latente urgencia libertaria. Las voces en vilo entablaron una refriega que los bandos creyeron insignificante y pasajera. Una más en la interminable cadena de pugnas entre conquistadores y conquistados, ofensores y ofendidos, todos víctimas ingenuas de una tragedia fraguada por dinámicas históricas en contrapunto.

Todos se equivocaron. El zafarrancho abrió cauces a una genuina insurrección que se extendió a todas las tierras ocupadas por Israel en 1967. La colisión no se limitó a un día ni a Gaza; abarcó a un millón y medio de árabes que bien pronto, gracias a previas reflexiones, formularon la estrategia y los recursos de un levantamiento popular conforme a una percepción certera de la índole y de los frenos culturales del conquistador. Las ramificaciones de este fortuito episodio sorprendieron a Jerusalén y a Arafat. Fue un mi-

ni Yom Kipur.

Estos comentarios anuncian el propósito cardinal de este ensayo. Pretende, primero, caracterizar el clima y las estaciones del levantamiento palestino, celebrado emblemáticamente como la Intifada. Esta revuelta trajo mutaciones en la sociedad palestina; algunas se revertirán cuando llegue de algún modo a su término y otras no.

A la luz -y en las sombras- de esta rebelión civil, el texto tratará de precisar tendencias y escenarios que podrían conducir finalmente a la formación de un Estado Palestino en las tierras ocupadas o al aborto violento de este impulso político, ya sea merced a la astuta mediatización de las aspiraciones palestinas, ya sea a través de una guerra total que vomitaría a los palestinos de sus terruños, o ya sea, en fin, con el ascenso de una teocracia premoderna en Israel.

LA QUIEBRA DEL IMPERIO BENEVOLENTE

Desde 1967, fecha en que Israel adquiere para su sorpresa el dominio de Gaza, del Golán, de la Cisjordania y del Sinaí, quintuplicando en pocos días su superficie, dos actitudes despuntaron. Una pertenecía entonces a un grupúsculo: la prodigiosa victoria militar abrió pasos al Mesías que había decepcionado durante miles de años a la extática y dolida alma de Israel; pero ahora el Redentor y la Redención habrán de llegar sin tropiezos ni dilaciones. El pueblo que había desesperado de Dios en varios recodos de su historia, y en especial durante el Holocausto, ahora lo recuperaba con un triunfo más metafísico que terrenal.

La segunda actitud -asaz dominante- asumía que Israel era capaz de instituir un "Imperio Ilustrado". Este exhorto encerraba tres ideas seductoras:

Una: la presencia israelí en las tierras conquistadas indeliberadamente, a causa del desatino del rey Hussein que agredió a Jerusalén en 1967, mal y maliciosamente estimulado por Nasser, no guardaba ninguna afinidad con el bronco imperialismo británico en la India, Egipto o Kenya, o con la bota sofocante de los franceses en Argelia, o con la soberbia política de Teddy Roosevelt. La violencia inherente a la ocupación será mínima y la ex-

plotación económica de los palestinos, inconcebible.

Dos: los israelíes se disponen a modernizar los patrones económicos, institucionales y culturales de los palestinos con el desprendido designio de mejorar el nivel y la calidad de vida de los habitantes de las zonas conquistadas.

Y en fin, tres: la posesión de las tierras ocupadas es un recurso táctico de negociación dirigido a forzar un diálogo de paz con algún país árabe interesado en recuperarlas y en atender las aspiraciones de la "entidad palestina".

Estos benignos postulados tuvieron alguna validez empírica en los primeros años de la ocupación. El control de las tierras conquistadas y de sus moradores, parecía inspirarse entonces, en las altas tradiciones del Iluminismo, importadas al Medio Oriente; Iluminismo que se empeñó en "reeducar al salvaje" con paciencia y sin irreflexiva coerción. Las autoridades israelíes articularon un aparato civil en los territorios (llamados al principio, con ambivalencia semántica e ideológica, "ocupados", "retenidos", "liberados"; en los setenta, estos adjetivos denotaron claras intenciones liberales, geopolíticas o mesiánicas), eximido de consideraciones militares y encargado de velar por la calma y el bienestar de los palestinos. Por añadidura, expertos israelíes en irrigación, servicios escolares y complejos agroindustriales trabajaron mancomunadamente con los palestinos, con el fin de mejorar sustancialmente la productividad de los recursos. Las consecuencias positivas de este auxilio se vieron en pocos años.

Y en fin, en la esfera internacional U.S.A., Europa y hasta la U.R.S.S., comprobaron que ningún país árabe abrigaba el deseo de recuperar las tierras y liberar a sus habitantes, acto que habría significado para Egipto (hasta Camp David) y Jordania reconocer la legitimidad política de Israel y hacerse cargo, además, de una díscola población.

LA CONCIENCIA COMO QUINTACOLUMNA

El imperio benévolo se fue desgastando; la conquista -como el poder- corrompe. La ocupación y su dialéctica de terror y represalias empujaron a los israelíes a endurecer la vigilancia militante, primero,

* Sociólogo israelí, catedrático de la Universidad de Bar Ilan (Tel Aviv, Israel) y Profesor invitado de El Colegio de México

y la franca coerción después, contra los palestinos que rehusaron aceptar la Pax israelí, a pesar de su presumible mesura. Ideólogos del Likud -tutelados por Be-guin- empezaron a insinuar que el millón y medio de palestinos que habitan la Cis-jordania -rebautizada con agravante intención, con los nombres bíblicos de Judea y Samaría- y los 800.000 residentes de Gaza podrían constituir una quintacolumna en el caso de una previsible conflagración con algún belicoso vecino. Más aún, esta población potencialmente hostil -apuntaron- podría hacer causa común con los 700.000 árabes israelíes que, a pesar de gozar de derechos cívicos, serían atraídos por las aspiraciones de sus hermanos en la fe. En estas circunstancias, Israel deberá combatir simultáneamente en varios frentes, incluyendo el interno, con la consiguiente distracción y dispersión de sus limitadas fuerzas militares.

La conclusión lógica de este razonamiento se formuló a mediados de los setenta. En este clima brotó el movimiento Gush Emunim (Guardianes de la Fe), que no fue resistido con firmeza por el gobierno laborista dirigido por Rabin y Peres. Ganó terreno la idea de que es preciso desactivar de alguna manera esta "bomba demográfica", ya sea estimulando la emigración de los palestinos al Golfo Pérsico que precisaba mano de obra a causa de la prosperidad petrolera, ya sea con presiones fiscales e institucionales para persuadirlos de que carecen de futuro promisorio en sus tierras. En los ochenta, la colonización agrícola tomó considerable impulso, sostenida por las expectativas mesiánicas del Gush, por rublos perceptibles del presupuesto nacional y por las bayonetas del Ejército. La colonización de estas tierras parecía tan justificada -y tan heroica- como el avance agrícola durante el Mandato Británico. Se despreció totalmente la diversidad del contexto.

Y algo más. Ni el beguismo ni los laboristas percibieron que la verdadera quintacolumna de Israel no es la presencia palestina sino la conciencia cívica de una buena parte de los israelíes que internalizó puntualmente los preceptos del "imperialismo benigno" y que empezó a vislumbrar que la ocupación constituía una amenaza al régimen democrático y al sionismo humanista que formaron a Israel. La conquista fue crecientemente cuestionada en términos morales e ideológicos y la izquierda israelí entendió que, si el problema palestino no se resolvía satisfactoriamente, habría de envilecer el espíritu del judaísmo y de la Nación.

Con esta creencia, amplios segmentos de la población -y especialmente parte de la juventud que se aglomeró en torno a la consigna "Paz Ahora" - iniciaron movimientos de protesta colectiva sin lesionar el marco jurídico. Estos actos comprendieron desde manifestaciones callejeras —inspiradas por las tácticas de la oposición a la intervención de U.S.A. en Viet Nam— hasta la desobediencia personal a órdenes militares y la negativa a servir, como soldados regulares o de la reserva, en los territorios ocupados. Desde luego, estos actos fueron y son castigados con la prisión (por lo menos treinta días) y sanciones sociales. Cuando la resistencia pasiva a lo que se consideraron disposiciones injustas del Ejército se extendió, la desobediencia se tornó más legítima, pero jamás se convirtió en un fenómeno generalizado. Ciertamente, manifestaciones de resistencia y crítica como Las Mujeres de Negro que desfilan semanalmente por la casa de Shamir y la agrupación Basta a la Conquista, robustecen esta deslegitimación de las prescripciones castrenses en las tierras ocupadas.

Los palestinos percibieron con claridad el peso de esta conciencia contestataria y supieron aprovecharla. Como insurrección civil, la Intifada se abstiene de momento del uso de armas de fuego, limitándose a piedras, insultos y el uso intermitente de bombas molotov. Los soldados israelíes regulares y con mayor intensidad, los reservistas, no fueron formados para reprimir violentamente a una multi-

tud indefensa, en especial de niños y mujeres. Para matar a mansalva un ejército precisa cualidades de las cuales el israelí carece. Ciertamente, una pugna prolongada y en ascenso puede alterar esta fisonomía cultural y aflojar escrúpulos y límites implantados por una persistente educación. En ocasiones, ha desbordado una brutalización que podría desbordarse si las autoridades militares, jurídicas y políticas no la contienen con vigor.

En cualquier caso, la Intifada fue combatida primero, con bastones y más tarde con balas de goma y plástico que causan daños menores, a menos que los disparos se hagan desde corta distancia. Jamás se le ocurrió al Ejército israelí emplear ametralladoras o tanques para aplastar rápidamente la revuelta. Es cierto que más de trescientos palestinos han muerto y miles fueron hospitalizados, pero el resultado habría sido más trágico con armas contundentes. La conciencia colectiva impuso restricciones. La libre circulación de periodistas y fotógrafos en el escenario de los choques es un testimonio adicional de esta conciencia; así la televisión, por ejemplo, pudo perennizar las exasperadas embestidas entre civiles y soldados y convertirse en la práctica en un instrumento inseparable de la Intifada.

EL BROTE DE LOS DEMONIOS

La aparición dramática de Sadat en Jerusalén y las conversaciones de paz en Camp David, gestaron efectos paradójicos.



cos. De una parte, Israel y Egipto suscribieron un acuerdo de paz que, a pesar de su visible entumecimiento en los ochenta, todavía se mantiene. Pero por la otra, Begin entendió -erróneamente- que a cambio de la cesión de la península de Sinaí adquiriría el padronazgo excluyente de la Franja Occidental y de Gaza (Egipto no exigió esta última zona, sabiendo su carácter demográficamente explosivo y su inviabilidad económica). Con base en este supuesto, Begin caminó por dos rutas contradictorias: alentó el establecimiento de enclaves israelíes en las zonas ocupadas multiplicando el número de residentes (hoy llegan a 60.000 en número), y habló con seriedad acerca de la autonomía municipal que otorgaría a los palestinos, incluyendo elecciones libres (salvo a miembros activos de la O.L.P.) sin renunciar al control estratégico de los territorios (por ejemplo, los servicios de agua, electricidad, registro de tierras, quedarían en manos israelíes). Esta oferta de autonomía, aunque fragmentaria y fragmentada, abrió cauces a expectativas de mayores márgenes de acción en Judea y Samaría. Pero la intención de Begin jamás se materializó y las expectativas generalizadas cedieron lugar a sentimientos de agravio que se tradujeron más tarde en el sabotaje violento y en el brote de la Intifada.

En el curso de los veinte años de la ocupación, una nueva juventud politizada brotó en las tierras conquistadas. Jóvenes instruidos por los centros universitarios que los propios israelíes crearon en el marco del imperialismo benigno. Esta nueva generación repudió la conducta de sus padres y las cadenas sofocantes de la familia extensa árabe. Los adultos habían aceptado al conquistador, primero por cálculos comerciales y más tarde por miedo. Y la red familiar involucraba una gerontocracia ignorante, ajena a las fiebres nacionalistas. Ni estos cálculos ni esta estructura se avenían con las inclinaciones de la juventud palestina. Empezaron una doble rebelión: contra la propia familia y contra la fuerza ocupante.

Las manifestaciones recurrentes de los jóvenes en las tierras conquistadas; la politización de las fiestas religiosas con el fin de educar a las masas de acuerdo con las urgencias de la autodeterminación nacional; el uso de la Universidad de Bir Zeid como recinto y núcleo amplificador de los resentimientos populares; la proliferación de agresiones físicas a los soldados israelíes: estas circunstancias crearon en muchos israelíes la sensación de que los palestinos pecaban de ingratitud. Paga-

ban con aullidos y demostraciones la deuda razonable e ilustrada que habían contraído con los conquistadores. En esta atmósfera, la violencia física y verbal empezó a desbordarse. Los demonios despertaron. El Comandante General del Ejército Israelí (Rafal, hoy líder del partido Tzomet) los llamó "insectos", disparando un proceso de deshumanización del enemigo que Kahana ya había iniciado. Y los palestinos respondieron quemando banderas israelíes y poniendo granadas en diferentes regiones de Israel, especialmente en la Jerusalén judía. Explotó un desequilibrio de horrores.

La Guerra del Líbano, emprendida por Israel en 1982 para liquidar la infraestructura militar y logística de la O.L.P. en ese país, abrió un paréntesis de relativa calma en las tierras ocupadas. De nuevo, la conciencia israelí se perfiló como un enemigo -o contrapeso- más efectivo contra los abusos de Ariel Sharon en El Líbano que los propios palestinos. En el calor de la guerra, una enorme manifestación de 400.000 ciudadanos convocados en Tel Aviv decidió de hecho los límites de estos desmanes autoritarios. En paralelo, las víctimas de la irrefrenada conflagración continuaron creciendo. Sus opositores expusieron diariamente frente a la casa de Begin su número en trágico ascenso. Al final, la culpa lo abrumó dejando el poder hasta hoy sin dar explicaciones.

Al descender la actividad bélica en El Líbano, la juventud palestina multiplicó las protestas, que condujeron inevitablemente a choques rabiosos con el Ejército israelí. Este tráfico de agresiones parecía interminable. Los demonios de ambas partes gozaban la orgía. El curso y los resultados restringidos de esta pugna hicieron reflexionar a los palestinos y, en particular, a los intelectuales de la zona árabe de Jerusalén y de Ramallah. Había que encontrar otra estrategia, menos ruidosa pero más efectiva. Evaluando con puntería al enemigo, estos intelectuales, especialmente Nusseiba y Hana Seniora descubrieron que la insurrección civil, aparentemente pasiva, era el recurso ideal. Los fotógrafos de la televisión mundial se impresionaron con la fisonomía desigual de los choques entre las fuerzas armadas de Israel -contenidas por sus oficiales hasta la impotencia- y los niños y mujeres que lanzaban gritos y piedras. La televisión modeló y reforzó a la Intifada. Por las virtudes de la democracia -o de la ingenuidad colectiva- los periodistas pudieron presenciar todas las expresiones de la pugna y avivar con la fuerza mágica de las cámaras la intensidad de las colisiones.

EMPATE Y POLARIZACION EN ISRAEL

Los protagonistas y testigos israelíes de esta lucha se dividieron ferozmente. Algunos concluyeron que la conquista carecía no sólo de factibilidad en el largo plazo, sino que entrañaba un eslabonamiento de actos inmorales que tumbaría el consenso nacional. No se puede dominar una población -aseguraron- que, en los próximos veinte años, será equivalente al volumen de la población judía a menos que se instale un rígido apartheid. Hay que desprenderse de ella liberándola. Pero otros llegaron a la conclusión opuesta: los palestinos ocupan tierras que "por derecho divino e histórico" pertenecen a la esencia israelí. Otros círculos hicieron hincapié en que los palestinos no son enemigos transitorios sino inmanentes a la historia judía. Son Amalek, a quien el pueblo judío juró destruir, o peor, descendientes ideológicos de la bestia nazi, que no pudo culminar "la solución final". Este macabro papel corresponde ahora al mundo árabe, del cual los palestinos forman parte activa. En cualquier caso, la metapolítica complicó y confundió los sucesos que se verificaban en las tierras ocupadas.

Estas conclusiones polares y extremas dividieron a la sociedad civil israelí y a los partidos políticos. Se produjo un empate inestable que dio lugar a decisiones contrapuestas. La conciencia israelí se fracturó. Y la fractura derramó ponzoña en el curso de la Intifada. La violencia verbal dentro de la sociedad israelí se extendió, quebrando el consenso nacional. Los partidarios del diálogo con los palestinos se convirtieron en "derrotistas", fueron objeto de injurias y se les llamó con sorna "almas puras". Como muchos de ellos eran catédricos, periodistas, locutores de la radio y la televisión, de origen europeo azkenazi, se acentuó un odio maligno a los intelectuales y a la libre crítica. Una lucha sorda, maligna, casi tribal que pone en tela de juicio a la democracia, recorre hoy las calles de Israel. Es un resultado indirecto de la Intifada. Y favorece objetivamente a la causa palestina, como Arafat discierne con acierto en los días de diciembre de 1988, después de sus apariciones dramáticas en Argelia, Estocolmo y Ginebra.

LA CEGUERA Y LA LUCIDEZ DE SHAMIR

Las declaraciones de Arafat en estos foros y el reconocimiento de U.S.A. a las

justas demandas de los palestinos conmovieron al Likud y a sus ideólogos encumbrados. Ya empiezan a adoptar un "síndrome de Versailles", esto es, Estados Unidos habría traicionado bajamente a Israel. Y ahora hay que preparar represalias.

Pero, a pesar de su gris inflexibilidad, Ytzhack Shamir no se deja seducir, como su predecesor, por la megalomanía. Sus experiencias en el servicio de espionaje israelí le enseñaron a ser realista. Los resultados de las últimas elecciones, que acarrearón el ascenso de un fascismo teocrático, le indican que la legitimidad de su poder está en tela de juicio. No puede ceder a las exigencias de los partidos religiosos y ortodoxos por tres convincentes razones: el costo económico (mil millones de dólares); el costo diplomático (el aislamiento internacional de Israel que conferirá amplia legitimidad a la Intifada); y el costo ideológico (la alianza política con los ortodoxos disloca las bases del sionismo y desestabiliza los nexos entre Israel y el mundo judío).

Estas tres apreciaciones condujeron a Shamir a establecer una alianza gubernamental con el Laborismo soportando el marbete de "traidor" que le endilgaron los grupos religiosos y ortodoxos con quienes ya había suscrito convenios. El entendimiento con Peres y Rabin le permite a Shamir considerar varias opciones: aplastar a la Intifada con todos los recursos o negociar con su liderazgo y, si es preciso con el propio Arafat; provocar una serie eslabonada de agresiones contra los palestinos en todo el Medio Oriente, hasta llegar a los umbrales de una guerra total; ensayar la autonomía en las tierras ocupadas conforme al Acuerdo de Camp David; y, en fin, redefinir la esencia del sionismo en cuanto pilar ideológico de Israel. Pero la sobriedad de Shamir en el señalamiento de estas opciones dependerá de varias circunstancias: la influencia efectiva de Arafat en el desenvolvimiento y rumbo de la Intifada; su habilidad para contener tanto a su obstinado rival Ariel Sharon como a los fanáticos colonizadores israelíes en las tierras ocupadas; y el freno a la fuerza creciente de los ortodoxos que esterilizan el sionismo moderno y conducen irremisiblemente a un cisma dentro del mundo judío. En cualquier caso, Shamir debe maniobrar con inteligencia y reconocer, sin la soberbia que lo ha caracterizado, que la Intifada traduce un descontento genuino y profundo y encierra gérmenes promisorios de autodeterminación política. De lo contrario, un fundamentalismo nacionalista y, al final de cuentas

suicida, lo devorará.

LA INTIFADA: ¿SUEÑO O PESADILLA?

En el presente, la insurrección civil iniciada por los palestinos y sostenida con admirable obstinación puede abrir un paréntesis táctico para indicar, primero, la intensidad de su autocontrol y, segundo, con el propósito de facilitar las gestiones diplomáticas de Arafat. Ya se ha insinuado que la Intifada gestó un nuevo liderazgo palestino, que difiere de las tácticas envejecidas y contraproducentes de la O.L.P. Sin embargo, Arafat tuvo la sagacidad para recuperar terreno y de momento ninguna personalidad en las tierras ocupadas pondrá en tela de juicio su preeminencia. La revuelta palestina, con treguas intermitentes y reaperturas ruidosas, debe llevar a un Estado Palestino.

Pero la Intifada está formando expectativas políticas y sociales que tal Estado podría desmentir e incluso aplastar. Oscila entre el sueño triunfante de hoy y la pesadilla probable de mañana. Una de estas expectativas -acaso la más importante- es la democracia. En los cuatro lustros de la ocupación israelí, los palestinos aprendieron a estimarla. ¿Renunciarán a la libre expresión, a los derechos básicos, al concepto secular de civismo, en el altar de la independencia política? Si Arafat se conduce en su flamante Estado como un agitado dictador, deberá lanzar una dura represión interna contra los intelectuales de la Jerusalén árabe y contra los de Ramallah; además, deberá encarar a la burguesía de Belén y de Nablus que hoy acalla sus intereses de clase debido a la preferida lucha nacional.

Otra expectativa yace en la efervescente juventud gestada por la Intifada. Ella exigirá escolaridad, desplome de tradiciones gastadas, oportunidades iguales,

movilidad social y geográfica. Estos rasgos de la modernización los experimentaron en Israel. ¿Podrán preservarlos en el Estado Palestino?

¿Qué ocurrirá con la situación social de la mujer? ¿Retornará a sus papeles tradicionales y a la sumisión institucionalizada? ¿O defenderá la autonomía ganada en las escaramuzas de la Intifada que condujo a su Estado? ¿Decidirá Arafat militarizarla para mantener el control de sus nuevas y explosivas aspiraciones?

Finalmente, el liderazgo que tiene raíces en la Intifada desea continuar los lazos de lealtad con el rey Hussein que representa símbolos primarios de solidaridad. El Trono imprime una majestuosidad heroica que no menoscaba necesariamente el espíritu democrático; a veces es seducido por ella. Además, existen lazos familiares sólidos más allá de las fronteras. Si Arafat después de consolidar su Estado decide intervenir en los asuntos jordanos con el fin de derrocar al rey, el apoyo palestino a esta iniciativa no sería cuestionable.

En suma, la Intifada en cuanto movimiento popular y espontáneo, plantea dilemas tanto a Israel como a Arafat. En cuanto a Israel, la revuelta palestina por acciones y contrapuntos puede desgastar internamente los recursos ideológicos y morales de este país hasta amenazar su sobrevivencia que hoy depende, casi exclusivamente, de la solución adecuada de sus propios problemas. En cuanto a Arafat, si el Estado Palestino que se levantará defrauda las tendencias y fuerzas que se originan en la Intifada y en la convivencia forzada y conflictiva con la pujante Israel, el líder de la O.L.P. descubrirá que la infraestructura y los habitantes residentes en las tierras ocupadas pueden cambiar banderas y enfrentarse a balas que ya no serán de goma o plástico.

